

zar en compañía de mi mujer y de mis hijos de la apacible vida del campo?

Y levantando la vista al cielo y dando una palmada en su muslo, hizo todos los gestos de un hombre movido por la mayor desesperacion.

¡Pobre Pompeyo!

Otros gestos hubiera hecho, y de otro género, si la ley no hubiera sido aprobada. Con la diferencia que los hubiera hecho estando solo, y éstos hubieran sido verdaderos gestos de desesperacion.

No sucedió lo mismo con César, pues así que obtuvo el gobierno de las Galias, en la expansion de su alegría, que no trataba de disimular, exclamó:

—Por fin, llegué al colmo de mis deseos, y desde hoy en adelante me pondré á la cabeza de mis conciudadanos.

Nos lisonjeamos de que el lector que nos sigue en este estudio, apreciará cada vez mas el carácter de aquellos dos hombres, de modo que cuando por ser rivales se encuentren frente á frente, bastará la narracion de sus hechos, y estos no necesitarán comentarios.

Por lo demas, si vaciló Pompeyo en aceptar el mando, no duró mucho tiempo su indecision. Reunió sus bajeles, llamó á sus hombres de armas, convocó á todos los reyes y príncipes que se hallaban en la estension del territorio de su mando, entró en Asia, y principió, como es la costumbre, por derrocar y anular todo cuanto habia hecho su antecesor.

Y no se olvide, aquel antecesor era Lúculo, es decir, uno de los hombres mas considerables de la República.

Lúculo, muy pronto oyó decir que Pompeyo no dejaba subsistente nada de lo que había hecho. Indultaba á sentenciados, suprimia mercedes concedidas, diciendo y probando que Lúculo ya no era nada y que él solo era poderoso.

Lúculo no era de esos que acostumbran beber aquel amargo licor que llaman desprecio.

Por medio de amigos comunes hizo dar quejas á Pompeyo, y quedó convenido que los dos generales tendrían una entrevista, y que esta tendría lugar en Galacia.

Se dirigieron uno frente al otro: los lictores llevaban las haces, y como ambos eran vencedores, las haces estaban rodeadas de ramas de laurel. En aquella ocasión ocurrió el incidente siguiente:

Lúculo llegaba de un país frondoso, y Pompeyo por el contrario, venia de un país árido y sin árboles. Los laureles de los lictores de Lúculo estaban verdes y frescos, mientras que los de Pompeyo estaban agostados y amarillos.

Los lictores de Lúculo viendo esto, regalaron á los de Pompeyo la mitad de sus laureles recién cogidos. Algunos al ver este acto de cortesía se sonrieron.

—¡Bravo! dijeron, he aquí otra vez que Pompeyo se engalana con laureles que no ha cogido.

La entrevista, que desde un principio estuvo cor-

tés y llena de conveniencia, degeneró luego en discusion y llegó á ser disputa.

Pompeyo echó en cara su avaricia á Lúculo.

Lúculo reprochó á Pompeyo su excesiva ambicion.

Este, olvidando los cumplimientos que acababa de hacer á su rival, censuró luego sus victorias.

—¡Buenas victorias! decia Pompeyo, las que habeis ganado contra los ejércitos de dos reyes, quienes viendo que el oro no sirve de nada, apelan á la espada y á la adarga. Lúculo ha vencido el oro, y me deja el hierro que debo combatir.

Por su parte decia Lúculo:

—Esta vez aún, el hábil y prudente Pompeyo obra segun su costumbre; se presenta cuando ya no queda que vencer mas que una fantasma; hace en la guerra contra Mitrídates lo que hizo en la de Lépi-do, de Sertorio, de Espartaco, cuyas derrotas se ha atribuido, aun cuando estas derrotas han sido obra de Metelo, de Cátulo y de Craso.

¿No era Pompeyo, por último, mas que un ave de rapiña cobarde, una especie de buitre acostumbrado á echarse sobre cuerpos que no ha muerto, una especie de hiena ó de lobo que devora los cadáveres tendidos en un campo de batalla?

Separado de todo mando Lúculo, volvió á Roma con solo mil ochocientos hombres que consentían en obedecerle.

En cuanto á Pompeyo, emprendió las operaciones contra Mitrídates.

Preciso es leer en Plutarco la narracion de aquella larga y laboriosa campaña, en la que la astucia lucha constantemente contra la fuerza, en la que Mitrídates, encerrado dentro de murallas que construyó Pompeyo á su alrededor, da la muerte á los enfermos y los hombres inútiles, y desaparece sin que nadie pueda saber de dónde han sacado sus soldados alas para huir del recinto en que estaban encerrados.

Entonces fué cuando Pompeyo empezó su persecucion. Le alcanzó cerca del Eufrates, en el momento en que Mitrídates estaba soñando que navegaba en el Ponto-Euxino con viento favorable; y estaba divisando el Bósforo, cuando su nave se estrella debajo de sus piés, y tan solo le deja una tabla que puede sostenerle por encima de las olas.

En esto está de su ensueño, cuando sus generales despavoridos entran en su tienda de campaña y le gritan con voz dolorida: ¡Ahí vienen los Romanos!

Entonces hubo que resolverse al combate. Todos corren á las armas, y se forman en batalla. Pero todo se conjura contra el desgraciado rey del Ponto.

Los soldados de Pompeyo tienen la luna á retaguardia; de ello resulta que sus sombras se engrandecen con proporciones gigantescas.

Los soldados de Mitrídates toman aquellas som-

bras que avanzan sobre ellos, por la primera fila de los romanos; disparan sus flechas y sus venablos, que hieren el vacío.

Pompeyo advierte el error de los bárbaros y manda la carga, prorumpiendo en gritos aterradores; estos no se atreven á esperarle; les mata ó les ahoga á diez mil hombres y se apodera de su campamento.

¿En dónde estaba Mitrídates?

Desde el principio del combate, Mitrídates, con ochocientos esclavos que se lanzaron á galope, ha penetrado por el ejército romano: es verdad que aquellos ochocientos ginetes así que llegaron á la tra banda, quedaron reducidos á tres.

Dos de aquellos tres que escaparon al hierro enemigo, fueron el mismo Mitrídates é Hipsieracia, querida suya, tan valiente, tan arrojada, que el rey la llamaba Hipiserates, haciendo masculino su nombre.

En aquella ocasion, vestida con trage persa, montada en un caballo persa, combatiendo con armas persas, no se apartó ni un segundo del rey á quien defendia con bizarría, mientras que Mitrídates la defendia á ella.

Al cabo de tres dias de correrías al través del país, tres dias durante los cuales la valiente amazona sirvió al rey, le guardó el sueño, cuidó de su caballo; al cabo de tres dias, decimos, mientras dormia Mitrídates, llegaron á la fortaleza de Inova, en donde

estaban sus tesoros y sus alhajas las mas preciosas. Ya se habian salvado. Al menos por el momento.

Pero comprendia Mitrídates que aquella era la última etapa antes de llegar al sepulcro.

Hizo sus últimas liberalidades, repartiendo entre los que le habian sido fieles:

Primeramente, dinero; despues, vestidos, y por fin, veneno.

A cada cual le dejó rico como un Sátrapa, seguro de pasar buena vida si le tocaba vivir; seguro de una muerte pronta si queria morir.

Despues partió para Armenia.

Contaba con su aliado Tigranes.

Tigranes, no tan solo le rehusó la entrada en sus Estados, sino que le proscribió, ofreciendo cien talentos por su cabeza.

Mitrídates remontó el Eufrates, lo atravesó en su manantial y penetró en la Colchida.

En aquel tiempo Pompeyo entraba en Armenia.

Mientras que Tigranes cerraba la puerta de sus Estados á Mitrídates, su hijo se las abria á los romanos.

Pompeyo y él se entregaban de las ciudades que se sometian, cuando el anciano Tigranes á quien Lúculo acababa de derrotar, sabiendo la disidencia que mediaba entre ambos generales, concibió alguna esperanza respecto de lo que se le habia dicho

acerca del carácter afable de Pompeyo, y se presentó un dia con sus deudos y sus amigos á la vista del campamento romano.

Pero á la entrada del campamento encontró á dos liectores de Pompeyo, que le intimaron que se apeara del caballo y que continuara su camino á pié.

Ningun rey enemigo habia entrado hasta entonces á caballo en el campamento de los romanos.

Tigranes hizo mas; en señal de sumision se desciñó la espada y la entregó á los liectores; despues, cuando estuvo delante de Pompeyo, se quitó la corona y trató de ponerla á sus piés.

Pero Pompeyo lo evitó; cogió á Tigranes por la mano, lo condujo á su tienda y lo hizo sentar á su derecha, mientras su hijo se sentaba á su izquierda.

—Tigranes, le dijo entonces, á Lúculo es á quien debes todas las pérdidas que has experimentado hasta ahora; él es quien te ha arrebatado la Siria, la Fenicia, la Galacia y la Sofena. Yo te dejo todo lo que te quedaba cuando he entrado en tus Estados, con condicion únicamente de que pagues á los romanos seis mil talentos, para indemnizarlos de los perjuicios que les has causado.

Tu hijo gobernará el reino de Sofena.

Tigranes, encantado, prometió media mina á cada soldado, diez minas á cada centarion y un talento á cada tribuno.

Pero su hijo, que habia esperado recibir íntegra la herencia paterna, quedó menos satisfecho del reparto, y contestó á los enviados de Pompeyo que iban á convidarlo á comer:

—Decid á vuestro general que agradezco mucho los honores que me dispensa, pero que conozco á alguno que me tratará mejor que él.

A los diez minutos el jóven Tigranes estaba preso, cargado de cadenas y reservado para el triunfo.

## XVI

Pompeyo continuó la persecucion de Mitrídates.

Derrotó á cuarenta mil albaneses, les hizo nueve mil muertos y diez mil prisioneros y entró en la Cólquida.

Supo que á su retaguardia se estaban rehaciendo los albaneses, y hace contramarcha y vuelve á pasar el rio Cidro, los encuentra formados en batalla en las márgenes del rio Abas; su fuerza ascendia á sesenta mil infantes y doce mil caballos; derriba sus estacadas, mató de un lanzazo al hermano del rey

que acababa de herirle con un venablo; disipó como polvo á toda aquella muchedumbre y se dirigió hácia el mar Caspio atravesando la Hircania; pero cuando ya tan solo le faltaban tres jornadas, se vió obligado á retroceder por causa de la gran cantidad de culebras que encontró, las que parecian, como los dragones de Yolcos y de las Hespérides, guardar paisés fabulosos, se retiró á la Armenia menor, mandó á sus respectivas familias todas las mujeres de Mitrídates que tenia en su poder, recibió de Estratonicia, la favorita del rey del Ponto, las llaves de la fortaleza en que tiene guardadas sus riquezas; apartó el diezmo de Roma, la parte del triunfo, y le dejó lo demas; entregó á los cuestores para el tesoro público una mesa, un trono y una cama de oro macizo: encontró en el castillo de Cenon los papeles de Mitrídates, se convenció por su lectura que aquel monarca ha asesinado á varias personas, entre las cuales se señalaba á Ariarates, hijo suyo y de Lairidís, que le habia ganado el premio de las carreras de caballos; bajó á la ciudad de Amiso, y formó el designio de conquistar la Siria y de penetrar por medio de la Arabia hasta el mar Rojo.

Si lograba feliz éxito, daba por límite de sus conquistas por el Norte y el Levante, el mar de Hircania; por el Sur y el Poniente, el mar Rojo y el Océano Atlántico, lo que no habia hecho hasta entonces

ningun conquistador. En su consecuencia, dejó á su espalda á Mitrídates, marchó hácia el Sur, recibió pleito homenaje del rey de la Arabia pedrosa, se dirigió contra su capital, y un día hallándose ocupado en ejercicios de equitacion fuera del campamento, vió aproximarse á un correo, que en señal de fausta noticia llevaba su javelina rodeada de laurel. Pompeyo leyó los despachos, en que se le manifestaba que Mitrídates se habia envenenado, y que su hijo Farnaces, habia tomado posesion de los Estados de su padre en nombre del pueblo romano.

Era buena noticia, tanto mejor, que no se esperaba.

Mandó levantar el campo inmediatamente, y abandonó su proyecto de llegar hasta el mar Rojo; atravesó las provincias que le separaban de la Galacia; regresó á Amiso, y allí recibió los ricos presentes que le mandaba Farnaces, y entre estos presentes estaban los cadáveres de varios príncipes de sangre real que formaban la comitiva de Mitrídates.

Aquella fué la primera vez que un hijo enviaba al vencedor, en señal de vasallage, el cadáver de su padre.

Pompeyo se mostró en aquella ocasion mas supersticioso que piadoso; rehusó el cadáver, que mandó á Sinopé. Tan solo admiró la riqueza de sus vestidos y la elegancia de sus armas.

Farnaces recibió el cadáver que le devolvía Pompeyo, pero le faltaba el tahalí y la diadema. Un tal Publio habia robado el tahalí, y un tal Cayo habia robado la diadema.

El nuevo rey denunció este robo á Pompeyo, que los mandó castigar á los dos.

Entonces fué cuando Pompeyo regresó á Roma; de allí se dirigió á Mitilena; declaró libre á dicha ciudad; asistió al certámen de los poetas; mandó dibujar el plano del teatro de la misma con objeto de edificar uno igual en Roma. De allí pasó á Ródas, en donde asistió á una reunion de sofistas y regaló un talento á cada uno de ellos; hizo donacion á la ciudad de Atenas de cincuenta talentos que debian aplicarse á la reparacion de monumentos, y, en fin, llegó á Italia, y apenas puso el pié en aquel territorio, cuando supo que su esposa Mucia era la querida de César.

No se paró al dar tal noticia, sino el tiempo necesario para hacer estender una acta de divorcio que le precedió en su ingreso en Roma.

Aquella capital estaba en la mayor conmocion, no por causa de los amores de César con Mucia, sino porque se habia dicho que Pompeyo iba á entrar en la ciudad á la cabeza de su ejército, y que trataba de apoderarse del poder supremo.

Craso era quien habia propalado semejante noticia.

cia, y le daba mayor consistencia con haberse salido de Roma con sus hijos y sus tesoros.

Supo Pompeyo en las provincias, el terror que inspiraba á los habitantes de Roma.

Reunió al momento á todos sus soldados, les dió las gracias por sus buenos servicios, y les rogó se dispersaran, dirigiéndose cada cual á sus hogares, con tal que se reuniesen en Roma para el día del triunfo. Los soldados le obedecieron.

Pero entonces sucedió una cosa asombrosa: ya no fué su ejército, sino poblaciones enteras que le escoltaron, de modo que entró en Roma con fuerzas civiles mas numerosas que las fuerzas militares que había traído y que podia hacer con la provincia todo cuanto quisiese hacer en Roma. La ley no permitia que el vencedor entrara en Roma antes del triunfo.

Pero como estaban próximas las reelecciones de cónsules y Pompeyo se interesaba por la eleccion de Pison, hizo rogar al senado se aplazara aquella eleccion, á fin de que, habiendo triunfado, pudiera entrar en Roma y solicitar personalmente.

Pero Caton se opuso á que se le concediera semejante favor, y fué desechada su solicitud.

Tal vez Pompeyo conservó algun rencor de que se rechazase así su primer deseo, despues de los in-

menos servicios que acababa de prestar á la República.

No tan solo disimuló la impresion que le causó tal negativa, sino que manifestando la mayor admiracion por Caton, le hizo proponer una doble alianza, dándole por esposa á una hija suya y dando la otra á su hijo.

Pero Caton conoció que el honor que le hacia Pompeyo era un ardid que empleaba para corromperle y asegurarse su apoyo, y rehusó rotundamente, á pesar de los consejos de su mujer y de su hermana, que no le perdonaron haber rehusado semejante alianza.

Pompeyo, no pudiendo entrar en la ciudad, atrajo á las tribus fuera de murallas, y públicamente deramó el oro con abundancia por el interes de su protegido.

La cosa se verificó tan á las claras, que aquello fué un verdadero escándalo; figúrense lo que debia ser despues de las elecciones de César.

Entonces, en medio del vituperio con que se trató á Pompeyo, triunfó Caton. Este dijo á su mujer y á su hija:

—Ahí teneis la vergüenza que nos hubiera hecho compartir la alianza con Pompeyo.

Llegó el día del triunfo, ó, mas bien dicho, llegaron los días del triunfo, porque esta vez duró cua-

renta y ocho horas; y quedó fuera de Roma tanto lujo y tanta magnificencia, que bastaba para otro segundo triunfo.

El carro triunfal iba precedido de cartelones en que estaban inscritos los nombres de las naciones conquistadas. Decían: Ponto, Armenia, Capadocia, Paflagonia, Media, Cólquida, Iberia, Albania, Siria, Cilicia, Mesopotamia, Fenicia, Palestina, Judea, Arabia, y destruccion de piratas por tierra y por mar.

Decíase además en los cartelones, que Pompeyo en aquellos diferentes reinos habia tomado por asalto mil fortalezas y novecientas plazas, y al abordaje ochocientos navíos.

Se leía tambien, que las rentas públicas, que ascendian antes de Pompeyo á cincuenta millones de dracmas, las habia hecho subir á ochenta y cinco millones.

En fin, que habia enterado en las arcas del tesoro tanto en metálico como en alhajas de oro y plata, veinte mil talentos, además de lo que habia dado á los soldados, cuyos menos agraciados habian recibido mil quinientas dracmas.

Los prisioneros, conducidos en la comitiva del triunfo, eran: el hijo de Triganes, rey de Armenia, con su mujer y su hijo; Zózima, hija del anciano Tígranes; Aristobulo, rey de los judíos, en fin, la hermana de Mitridates, con cinco hijos del mismo.

Pero lo que no habia sucedido antes de Pompeyo, es que despues de haber triunfado dos veces, una por cada una de las dos primeras partes del mundo, en el triunfo que acabamos de detallar triunfaba de la tercera parte del orbe entonces conocido.

De modo que, como entonces no se conocia el continente americano, en sus tres triunfos parecia haber sojuzgado Europa, Africa y Asia. Es decir, toda la tierra.

Hé aquí con qué condiciones de popularidad y de fuerza se hallaba Pompeyo frente á frente con César y se preparaba á luchar contra él.

## XVII.

Hé ahí, pues, á César y Pompeyo de regreso en Roma, el uno de Oriente y el otro de Occidente.

Craso los ha esperado allí, fingiendo tener gran miedo del ejército de Pompeyo.

César le ha escrito anunciándole su llegada y diciéndole que, si quiere poner algo de su parte, él se encarga de reconciliarlo con Pompeyo.

Ni César ni Craso se cuidan para nada de Ciceron. Pompeyo está celoso de sus triunfos en el Senado, pues es hombre que tiene celos de todo. Nada será mas fácil que indisponerlos.

Ciceron se queja de ello á Atico en su carta de 25 de Enero del año 693 de Roma (sesenta y un años antes de Jesucristo).

“Vuestro amigo, le dice,—ya sabeis de quién quiero hablar, de aquel que me decías que me elo-

giaba no osando criticarme,—vuestro enemigo, repito, si he de juzgar por sus demostraciones, está lleno de adhesion, de deferencia y de ternura hácieme; en público me ensalza; pero secretamente me deprime, y de tal modo, que ya no es un secreto para nadie. Jamas se ve en él rectitud ni candor; ni un móvil honroso en su conducta. Nada de elevado, de grande, de generoso. Ya os escribiré mas estensamente sobre eso cualquier otro dia.”

¡Mas estensamente!..... Se vé, sin embargo, que no debia quedarle mucho que decir y que, en pocas líneas, el ilustre orador, el vencedor de Catilina, habia hecho un retrato bastante parecido, bajo su punto de vista al menos, del vencedor de Mitrídates.

Pero entretanto habia surgido un hombre en quien ni César, ni Pompeyo, ni Craso habian fijado la atencion, y el cual merecia, no obstante, que se ocupasen de él: ese hombre era Caton el Joven.

Digamos algo del que tenia en Roma tal reputacion de rigidez, que los romanos esperaban á que él hubiese salido del teatro para gritar á los bailarines que bailasen el cancan de la época.

Habia nacido noventa y cinco años antes de Jesucristo, y tenia, por lo tanto, treinta y tres; cinco menos que César y once menos que Pompeyo. Era descendiente de aquel Caton el Censor, al cual, se-

gun un epígrama, Proserpina no había querido recibir en los infiernos ni aun despues de muerto.

“Ese rojo que mordía á todo el mundo, ese hombre de ojos penetrantes, ese Porcio á quien Proserpina no quiere recibir en los infiernos á pesar de estar muerto.”

Ese es el epígrama. Indica, como se vé, que Caton el Viejo, era rojo, que tenía los ojos de Minerva, y que era en vida tan mal compañero, que ni aun despues de muerto quería nadie tenerlo á su lado.

Ademas era un hombre astuto; su sobrenombre lo dice. Se llamaba Porcio, y le apellidaron Caton, de *Catus*, prudente, diestro, hábil.

A los diez y siete años había peleado contra Aníbal; en el combate tenía la mano pronta y el pié firme, y amenazaba al enemigo con voz ruda al par que le presentaba la espada al pecho y á la cara.

—Aun en nuestros dias hay maestros de armas de regimiento que proceden del propio modo.—No bebía mas que agua; en las grandes marchas ó en los grandes calores solía añadir un poco de vinagre; solo en los dias de gran fiesta se atrevía á mezclarla con un poco de vino.

Había nacido en aquellos tiempos heróicos—doscientos treinta años antes de Jesucristo—en que todavía había tierras en Italia y hombres que las cultivasen. Como los Fabios, los Fabricios y los

Cincinatos, dejaba el arado por la espada, ó la espada por el arado, batiéndose personalmente como un simple soldado, labrando él mismo la tierra como un simple gañan. La única diferencia que había era que en invierno trabajaba vestido con una túnica y en verano completamente desnudo.

Era vecino inmediato de aquel Manio Curio que había obtenido tres veces el triunfo, venciendo á los samnitas y á los sabinos y espulsando á Pirro de Italia, y que despues de aquellos tres triunfos seguía habitando la pobre casa en que los embajadores samnitas lo encontraron cociendo sus rábanos.

Los diputados iban á ofrecerle no sé qué cantidad de oro.

—Ved lo que come, les dijo.

—Ya lo vemos.

—Pues bien, cuando uno sabe contentarse con tal alimento, no necesita el oro para nada.

Un hombre así debía agradar á Caton, como Caton debía de agradarle á él. El jóven y el anciano se hicieron, pues, amigos.

Caton el Jóven descendía de aquel rudo censor que se indispuso con Escipion porque le parecia demasiado pródigo y demasiado magnífico. Tenía mucho de su bisabuelo, aunque cinco generaciones hubiesen pasado entre ambos, y aunque el represen-

tante de una de esas generaciones, Cayo Poncio Caton, nieto de Caton el Viejo, acusado y convicto de concusion, hubiese tenido que ir á morir en Tarragona.

Nuestro Caton, Caton el Joven, ó Caton de Utica, como se quiera, habia quedado huérfano de padre y madre con un hermano y tres hermanas,

El hermano se llamaba Cepion.

Una de las hermanas, que lo era solo de madre, se llamaba Servilia.

Ya hemos pronunciado su nombre á propósito de la cartita que recibió César el dia de la conjuracion de Catilina.

La joven resistió largo tiempo: pero habiendo sabido César que deseaba una perla muy hermosa, la compró y se la dió.

Servilia, en cambio, dió á César lo que este deseaba.

La perla habia costado doscientos veinte mil pesos.

Caton era un hombre de rostro severo y huraño, rebelde á la risa; tenia un corazon poco propenso á la cólera, pero que una vez irritado costaba gran trabajo aplacar. Tardo en aprender, no olvidaba nunca lo que una vez habia aprendido. Afortunadamente habia tenido por ayo un hombre de gran inteligencia que razonaba siempre y no amenazaba jamas. Se llamaba Sarpedon, como el hijo de Júpiter y Europa.

Caton dió muestras desde su infancia, de la terquedad que hizo mas tarde su reputacion.

Noventa años antes de Jesucristo,—tenia él entonces cinco años,—los aliados de Roma solicitaban el derecho de ciudad.

Ya hemos dicho las ventajas que resultaban de ese derecho.

Uno de los diputados vivia en casa de Druso, que era su amigo.

Druso, tio materno de Caton, tenia á su lado los hijos de su hermana, á los cuales profesaba gran cariño.

Aquel diputado, que se llamaba Popidio Lilo, hacia toda clase de caricias á los niños para que le sirvieran de intercesores con su tio.

Cepion, que tenia dos ó tres años mas que Caton, se habia dejado seducir y habia prometido hacer lo que le habian pedido.

Pero no sucedió eso con Caton.

Aunque en tan corta edad debia comprender bastante mal una cuestion tan complicada como era la del derecho de ciudad: cuando le instaban al efecto los diputados se contentaba con fijar en ellos sus ojos, llenos de dureza, sin contestarles nada.

—Vaya, niño, le dijo Popidio, ¿no harás tú lo mismo que tu hermano?

El niño no contestó

—¿No hablarás á tu tio en nuestro favor?

Caton siguió guardando silencio.

—Este es un niño malo, dijo Popidio.

Despues, dirigiéndose á los circunstantes, añadió en voz baja:

—Veamos hasta dónde irá.

Y cogiéndolo por la cintura lo suspendió fuera de la ventana, que se hallaba á treinta piés de la calle, como si fuera á precipitarlo en ella.

Pero el niño no desplegó los lábios.

—O me lo prometes, dijo Popidio, ó te dejo caer.

El niño persistió en callar sin dar la menor muestra de admiracion ó de temor.

Popidio, cuyo brazo se cansaba, volvió á ponerlo en el suelo.

—¡Por Júpiter! dijo, fortuna es que este tunanuelo sea un niño, y no un hombre, pues si fuera esto último podriamos muy bien no tener un solo sufragio en todo el pueblo.

Sila habia sido amigo del padre de Caton, Lucio Porcio, el cual habia muerto cerca del lago Fusino atacando á los toscanos rebelados. Quizá el jóven Mario no habia sido completamente extraño á aquella muerte. Orosio se la atribuye, y bien sabido es el refran: "Cuando el rio suena, agua ó piedra lleva."

Sila, pues, hacia ir los dos niños á su casa de cuando en cuando, y se divertia hablando con ellos.

"La casa de Sila, dice Plutarco, era una verdadera imágen del infierno, atendido el gran número de proscritos que llevaban allí todos los dias para darles tormento."

Eso sucedia el año 80 antes de Jesucristo; Caton tenia entonces trece ó catorce años.

De cuando en cuando veia salir de aquella casa cuerpos quebrantados, destrozados, y con mas frecuencia aún cabezas sin cuerpos. Oia ademas á las gentes honradas murmurar y quejarse en voz baja. Todo eso le hacia pensar bastante en aquel Sila que parecia profesarle amistad.

Un dia no pudo contenerse y preguntó á su ayo:

—¿Cómo es que no hay nadie que mate á ese hombre?

—Porque le temen mas que le odian, le contestó aquel.

—Dadme una espada, dijo Caton, y yo lo mataré y libertaré á mi patria.

El ayo consignó las palabras para la historia, pero se guardó muy bien de dar á su educando la espada que pedia.

A los veinte años Caton no habia comido jamas sin su hermano, al cual adoraba.

—¿A quién quieres mas en el mundo? le habian preguntado un dia cuando era aún muy niño.

—A mi hermano, habia contestado.

—¿Y despues?

—A mi hermano.

—¿Y despues de ese?

—A mi hermano tambien.

Y cuantas veces le habian hecho la misma pregunta, otras tantas habia dado la misma respuesta.

### XVIII.

Catón era rico. Nombrado sacerdote de Apolo, puso casa y recibió su parte de la fortuna paterna, ascendente á ciento veinte talentos, ó sean ciento treinta mil pesos de nuestra moneda. Luego heredó de un primo cien talentos mas, con lo cual llegó á ascender su caudal á doseientos euarenta mil pesos.

Era muy avaro. Plutarco dice que “apenas percibió aquella herencia, *restringió su modo de vivir.*”

Mas tarde volvió á heredar de su hermano otros cien talentos, cuando dicho hermano murió en Eno. Pronto llegaremos á esa muerte, y veremos lo que dirá César de su avaricia.

Catón era apenas conocido cuando se le presentó la oportunidad de hablar en público. No tomó la palabra para acusar ó defender á un rico depredador, un Dolabela ó un Verres. No: Catón el Viejo, el Ca-